

EL DON DE RACHEL

A. J. García

El don de Rachel

A.J. García

Esta obra ha sido publicada por su autor para su distribución y puesta a disposición del público, y es este el que asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual conforme al Código Penal vigente.

© A.J. García, 2018

<https://www.facebook.com/ajgarciaoficial>

<https://www.facebook.com/eldonderachel>

Facebook: A.J. García

Twitter: @AJGarciaOficial

Instagram: ajgarciaoficial1970

Segunda Edición: Septiembre, 2018

A mi madre por su esfuerzo más allá de toda frontera.

A mis hermanos por su ayuda desinteresada.

A mi hijo por su amor en los momentos más difíciles.

1

<<Tranquila Rachel, no querrás despertarlos>>, pensó mientras avanzaba sigilosamente, usaba los zapatos de tacón más bajos que pudo encontrar.

La superficie de madera no ayudaba y eran muchos los escalones hasta la planta baja, sobre todo cuando cargaba a su hija de casi dos años en un brazo; una maleta pequeña –a reventar– y el registro de su vida en el otro.

Arthur tenía el sueño muy pesado, él no sería problema; sin embargo, los Fairchild se habían convertido en algo así como los cuidadores de la propiedad, además de sus administradores; y tomaban su labor muy responsablemente; sobre todo, en ausencia del jefe de la familia. Rachel creía que, si podía llegar a la recepción sin ser detectada, lograría su cometido.

La luminosidad de un relámpago por la ventana desbalanceó a la fugitiva, anunciaba tormenta. El grito de la naturaleza tardó unos segundos más. Ella hubiera deseado escucharlo antes, tenerlo más cerca hubiera sido una excelente cortina de humo para cubrir sus intenciones. De cualquier forma, el estruendo esporádico era muy útil para ocultarla.

La inmensidad de la casa en silencio y a oscuras podía producirle miedo a cualquiera; pero no más del que tendría si se quedaba. Hasta la brillantez de la luna había cedido, como si apoyara los propósitos de una madre aterrorizada. Sólo la eventual luz que iluminaba apenas las siluetas de los interiores con cada grito del cielo, proporcionaba una ocasional guía.

Rachel conocía muy bien la medida de cada escalón; pero, temía, que al final, alguien le saliera al paso. Le costaba mantener el equilibrio con todo lo que llevaba en las manos; mas no quería prescindir de nada. Repentinamente, experimentó uno de sus acostumbrados episodios, la atacó con gran fuerza haciéndola fruncir el ceño. No tenía sentido, aunque estos siempre habían sido así.

Llegó por fin hasta la recepción, en el horizonte se erguía la puerta principal –su escape– y a la izquierda la sala de estar con la chimenea y el reloj de péndulo que marcaba unos minutos después de las 11:00pm.

Sus manos estaban ocupadas y tenía que encontrar todavía la copia de la llave, la que su marido ocultaba detrás de uno de los retratos en la repisa de la chimenea. Su sexto sentido tiritaba sin dejarla en paz, le gritaba que debía desprenderse de un poco de su *carga*.

Caminó hasta el sofá frente al fogón tratando de darse fuerzas para hacer lo que su intuición le indicaba. Justo en ese momento, el trueno y el rayo estuvieron a punto de volverse uno mismo; las primeras gotas repiquetearon suavemente en las ventanas.

La pequeña fue recostada en el mueble como si estuviera en su cama. Se veía tan apacible; pero no había tiempo de contemplarla ahora, tenía que actuar.

—¿Mamá? —preguntó con voz adormilada.

—... Duerme mi amor, no pasa nada —Tocó su cara y la niña cerró los ojos nuevamente.

Antes que nada, buscó la llave, la cual encontró fácilmente; luego miró casi con lágrimas su diario. ¿Qué lógica tenía esconder su más profundo secreto en la casa? Alguien algún día lo encontraría. ¿No sería mejor tirarlo por el camino? No, ella era demasiado romántica para destruirlo. Rachel Bourke era más una persona intuitiva que racional, lo que le había funcionado muy bien hasta ese día, así que miró a su alrededor y creyó encontrar el lugar ideal.

Hizo ruido, el suficiente para despertar a Oswald, el mayordomo, y lo sabía. Tomó a su hija, la acomodó contra su hombro, luego su equipaje con tres dedos y con el meñique apretó la llave, avanzó hacia la entrada principal. Ya no importaba el sigilo, imaginaba a Oswald y su escopeta saliendo por el corredor rumbo a las escaleras. No volteó hacia atrás, giró la llave y salió corriendo dejando la puerta abierta. El ajetreo despertó a la niña, que no sabía lo que pasaba, sólo sintió el fresco de la noche y las primeras gotas de la tormenta.

—Calma mi amor —le dijo acurrucándola como pudo contra su cuello.

Cerró sus oídos a cualquier voz que intentara detenerla. El camino hasta los límites de la propiedad parecía medir kilómetros. Desde donde estaba, no observaba el automóvil que debía esperarla. Corrió guiada casi por sus instintos —quien ha caminado por la noche en luna nueva entenderá de lo que se trata—. Un par de faros debajo de un árbol le volvieron el aliento. La puerta del vehículo se abrió dejándolas entrar. Un motor encendido y una última mirada a la residen-

cia fueron la despedida de aquella madre asustada, después, todo fue seguir hacia adelante.

En el interior de la casa, ante los ojos del robusto Oswald, la puerta abierta significaba un intruso. Amartilló su arma y empuñó el cañón como si fuera una ballesta. La casa se veía tranquila y no existía más perturbación que la de la tormenta encima de ellos; sin embargo, suponía que alguien había entrado.

<<No sabe lo que le espera>>, pensó valientemente.

Se inclinó por revisar primero la cocina, pero husmeó sólo un momento, como si supiera que no pasaba nada ahí; luego fue rápidamente a la puerta principal para detener su golpeteo por el viento, quizás el intruso ya se había marchado. Grande fue su asombro al encontrar la llave en el cerrojo.

—¿Señora? —murmuró casi con certeza recordando los acontecimientos recientes. Bajó la escopeta con rapidez y abrió la puerta gritando—: ¡Sra. Bourke! —Ni siquiera el eco retornó en aquel vacío generado por la lluvia y la noche oscura.

—¿Qué pasa? —preguntó Diane, el ama de llaves, desde las escaleras.

—¡Ve a la recámara de la señora, mujer, y despierta a Arthur!

—Pero, ¿qué sucede?

—¡La señora se fue!

—¡¿Y mi niña?! —así llamaba a la pequeña Rachel.

Subieron a toda prisa guardando la esperanza de estar equivocados, pero no fue así.

El reloj marcaba las 11:17pm. de la primavera de 1939, en las afueras de Lingfield, Inglaterra, cuando Rachel Bourke y su hija, desaparecieron.

2

Ocho años después.

Los ojos de la pequeña huérfana nunca habían visto un camino tan colorido, o al menos no recordaba uno así. Aquella primavera fue particularmente cálida en Lingfield; aunque no así el rostro de su conductor, quien rara vez manifestaba algo más que una leve mueca. Nicholas Knaggs no era exactamente un hombre de muchas palabras, y menos con los infantes, era más bien del tipo rudo, no tenía hijos, ni estaban incluidos en sus planes de vida. Su rostro era duro y su ética muchas veces había sido puesta en duda; pero una cosa era cierta, siempre cumplía con su trabajo y era esa reputación la que lo mantenía dentro del juego.

Las cuatro paredes de *Hope Field*, aquel...*refugio* que albergó a Rachel era todo lo que conocía del mundo, a excepción de una que otra escapada ocasional con compañía responsable. Dentro de ellas se originaron sus primeros recuerdos siendo muy niña, aunque la mayoría no eran propiamente agradables. Ahora, ante la expectativa de una nueva vida, las cosas iban a cambiar, así se lo habían hecho ver; sin embargo, no sabía qué esperar. Atrás dejaba pocos amigos, era una niña reservada, o más bien, diferente. Disfrutaba de cosas que la mayoría de los niños harían a un lado, por eso, casi nunca encajaba. Recordaba que siendo más pequeña su instinto infantil le indicaba que sería bueno tener una mamá y un papá, o al menos todos le contagiaban esa idea en el orfanato. Con el paso de los años empezó a volverse más independiente, al grado de que le daba lo mismo si era adoptada o no. Desde temprano empezó a formar un estilo de vida, y como no conocía otro, no le parecía del todo malo.

Ante la incertidumbre, abrazó lo que ya conocía, manteniéndose callada y esperando. Quizás no había sido lo mejor haber emprendido aquella aventura, pero no estaba en sus manos decidirlo.

—¿Qué pasa Rachel? —el hombre por fin habló, aunque con falso interés.

Su sonrisa no convencía a nadie.

Aquel rostro inocente sólo se meneó de un lado a otro sin pronunciar palabra mientras sus profundos ojos marrones se perdían en el paisaje.

—Estas cansada —insistió el investigador mirando el retrovisor sin recibir respuesta—... No te preocupes, ya pronto llegaremos.

¿Qué no entendía que no quería hablar? Rachel prefería mantener su distancia con él ya que no le provocaba ninguna confianza.

—Callada la niña, ¿cierto, hermana?

—¿Por qué no le contestas al Sr. Knaggs? —susurró con ternura la hermana Mary reconviniéndola como sólo ella sabía hacerlo.

La religiosa venía sentada junto a Rachel en el asiento trasero, y habló con su protegida sólo por cortesía, ella tampoco simpatizaba con el hombre que había venido a quitarle a su niña.

La pequeña la observó con un poco de tristeza. Sabía que posiblemente aquel sería el último día en que la vería. Era la única persona que se preocupó por hacer soportable su estancia en *Hope Field*; quien le demostró su amor y había ocupado perfectamente la función de una madre para todos los que ahí habitaban; pero especialmente para su favorita, Rachel.

La niña miró a su protectora como lo haría una cómplice de alguna travesura, sólo para dibujar su acostumbrado gesto que parecía una sonrisa, pero que no mostraba sus pequeños dientes.

—... No quiero platicar con él —musitó.

Su encubridora interpretó perfectamente su sentir. La conocía muy bien y no insistiría más con el asunto, así que respondió en su lugar:

—... Así son los niños, Sr. Knaggs, Rachel está asustada. Todo esto es nuevo para ella.

Knaggs no podía despegar mucho tiempo los ojos del camino, así que sólo hizo una mueca de inconformidad sin percatarse del embrollo que se traían aquellas dos. Él no había estado muy de acuerdo en que Rachel hubiera venido acompañada; pero era un requisito —innecesario a su parecer—, que el orfanato y la ley establecían para que el encuentro final se llevara a cabo.

El viejo *Ford Prefect* atravesó finalmente los límites de una propiedad. Había una vieja muralla corroída por el tiempo y la falta de mantenimiento, la reja

de hierro, que estaba abierta, partía el escudo de la familia Bourke en dos, uno a cada lado del camino. Aproximadamente cincuenta metros después, una serie de círculos concéntricos engalanaba el patio frontal; iniciando en el interior con lo que alguna vez fue una figura perfecta de césped de unos tres metros de diámetro; luego un camino que lo envolvía con algún tipo de piedra grisácea que había dejado crecer entre sus hendiduras un poco de hierba; unos pequeños arbustos de altura y grosor similar le seguían; conformando finalmente el último círculo con una pequeña valla de medio metro de altura que perfectamente encerraba lo que podía considerarse el jardín principal, casi del mismo tamaño que la fachada.

Unos ojos maravillados observaron a través de la ventanilla abierta mientras las manitas se sostenían de la orilla por encima de la hermana Mary. Había dejado un poco de lado su más valioso tesoro en el asiento, no iría a ningún lado de cualquier modo estando ella cerca.

<< ¿Es aquí donde voy a vivir? >>, se preguntó en silencio.

Contrario a lo que Knaggs esperaba, no hubo comité de bienvenida, no al menos uno que fuera visible. La casa parecía vacía; pero el investigador estaba seguro de que no era posible. Había mantenido contacto con Jerome Bourke por correo y telégrafo, el dueño de la finca y su contratante. Las últimas palabras de él, hacía tan sólo dos días, fueron: *Traiga a la niña cuanto antes, los estaremos esperando.*

Las condiciones del país después de la guerra no eran las mejores. La reconstrucción había sido complicada. La economía apenas empezaba a ver la luz y muchos orfanatos sufrían de sobrecupo, sobre todo los que se encontraban en o cerca de las ciudades importantes. Sin embargo, el investigador tenía que dar gracias a esta situación, ya que eso había facilitado los trámites de Rachel. Eso y las buenas conexiones de la familia Bourke.

—¿Cree que haya alguien en casa, Sr. Knaggs? —preguntó la hermana Mary algo preocupada.

—Estoy seguro que sí —dijo convencido—. No pude avisar al Sr. Bourke de nuestra hora exacta de llegada y si tienen el portón abierto es porque seguramente nos esperan.

La religiosa pidió a Rachel que se bajara de sus piernas y se echó para atrás

acomodándose en su asiento mientras tomaba la mano a su pequeña. Sabía que el momento de la separación había llegado. Esta era la parte más difícil de su trabajo, pero era algo que tenía que hacer. Aquellos niños significaban mucho y encontrarles un hogar era lo más importante, pero esta ocasión era muy especial.

El escape del automóvil lanzó un escandaloso tronido propio de su antigüedad al aparcar justo frente a la puerta principal. El mismo Knaggs volteó como si esperara que alguien saliera a tenderle una alfombra roja; después de todo, su gran hazaña lo merecía.

Pocos segundos después, un tipo robusto, de escaso cabello y enfundado en un chaquetín cruzado y oscuro, abrió la puerta.

—¡Oswald! —exclamó el conductor que ya se había apeado pretendiendo dibujar una sonrisa amable.

—Sr. Knaggs —hizo una pequeña reverencia y extendió su brazo a manera de bienvenida—. El Sr. Bourke los está esperando.

Rachel ponía mucha atención a todo desde su asiento. El aspecto bonachón de aquel buen hombre le pareció agradable, aunque un poco serio. Su sonrisa era sincera y servicial, como la de algunos de los padres que visitaban su antiguo hogar.

La hermana Mary bajó del vehículo instando a la pequeña a hacer lo mismo. Esta seguía prendida de la orilla de la puerta desde el interior manteniendo sus reservas.

Aquella casa era enorme, incluso el espacio entre el portón y la entrada principal era mucho más extenso que la propiedad entera de *Hope Field*. Nunca había estado en un sitio semejante, de hecho, no había estado en muchos lugares. Su pequeño sombrero se meneó de un lado a otro sorprendido por las dimensiones del lugar. Esperó a que Knaggs se apresurara a abrirle la puerta, no porque supusiera que iba a hacerlo, sino porque su misma incertidumbre la había clavado a su asiento.

La falsa sonrisa del investigador y la mirada tranquila de la hermana Mary aguardaban a que la niña diera el primer paso. Sus piecitos tocaron lentamente el suelo, justo antes del pequeño escalón que la separaba del pórtico. Su traje sastre color beige y su coqueto sombrero, se detuvieron apenas un poco ante la

mirada de todos, mientras sus brazos aprisionaban su tesoro más valioso sobre el pecho.

—¡Vamos cariño! —invitó la hermana Mary mientras la tomaba del brazo para ya no dejarla escapar.

<< ¡Vamos niña, avanza, que bien que me costó ese trajecito! >>, pensó el detective.

Knaggs las dejó pasar mientras regresaba por el resto de las pertenencias, una modesta maleta que no era más grande que la niña. Pasaron al lado del mayordomo, quien no perdió el protocolo. Las paredes de la recepción las flanquearon haciendo que los ojos marrones de la pequeña se perdieran entre los detalles.

Oswald no pudo evitar ensanchar sus ojos al observar la presencia de la nueva inquilina. El parecido con la Sra. Bourke era innegable. Esa vieja memoria no podía olvidar a quien había apreciado tanto.

La hermana Mary fue la que entró primero y Rachel apenas un poco atrás. Entró con paso lento y silencioso como si temiera que el crujir de la madera provocara que todo se les viniera encima. La cabeza de la religiosa veía hacia un lado y hacia el otro. Era una casa muy elegante, propia de una familia de clase alta. Sus muros estaban arreglados con paneles de madera y finos tapices al estilo victoriano, eso sin contar el gran número de adornos, cuadros y fotografías. Más adelante, en la última puerta a su derecha, como algo que estuviera fuera de lugar, un gran reloj de péndulo que había detenido su marcha, se erguía como si fuera un guardián. Estaba colocado justo enfrente de un elegante sillón de nogal finamente tallado que a su vez era flanqueado por un par de sofás que hacían juego, justo a unos metros de una gran chimenea. Tanto la fachada como el interior, eran más bien sombríos, como si anunciaran la cruenta época que acababan de sufrir, o quizás sólo era el eco de una pérdida acaecida en el pasado.

A pesar de la evidente opulencia de la residencia, eran notorios también los descuidos en su mantenimiento, situación que no era extraña debido a los difíciles tiempos vividos en el país: La Guerra. Habían pasado apenas un par de años después del cese al fuego, e Inglaterra, así como sus territorios y población, apenas se recuperaban.

—... El piso suena así en varias partes de la casa —las alcanzó el mayordomo emparejándose con Rachel—; pero no se preocupen, podría resistir otros veinte años. De cualquier manera, pronto lo repararán.

Su voz era grave y seria; sin embargo, había algo muy diferente en él comparado con el Sr. Knaggs; y al bajar su vista al frente y sonreírle a la niña, Rachel se dio cuenta de que tenía razón. Le correspondió.

—¿Puede anunciarnos Oswald? —pidió Knaggs con un poco de prisa.

—Enseguida señor —Regresó su vista al frente como en automático y caminó los tres pasos que le faltaban a la puerta del fondo.

La pequeña no dejaba de apretarle la mano a su protectora, estaba un poco asustada; aunque el tipo bonachón de los guantes blancos le inspiró confianza.

—¿Sr. Bourke? —tocó en dos ocasiones.

—¡Adelante! —se escuchó casi de inmediato.

Con la puerta a medio abrir, Oswald advirtió en voz baja:

—Están aquí.

—Hazlos pasar —dijo ansiosamente.

El sirviente, con una previsible felicidad, como si fuera partícipe de la situación, cedió el paso a los visitantes quienes avanzaron en silencio hasta el interior del despacho. Rachel no pudo evitar curiosear con aquella cara amiga, la que terminó despidiéndose con un saludo que ella imitó.

Knaggs entró apenas un paso atrás de ellas cargando la maleta de la niña y saludando efusivamente al dueño de la casa.

—¿Cómo está Sr. Bourke?! —agitó su mano con fuerza.

Jerome Bourke no estaba muy interesado en Knaggs ahora. Accedió a su cortesía casi mecánicamente; pero su vista no se retiraba de la niña, con quien sintió una conexión inmediata. No sabía cómo iba a ser ese reencuentro, ni si realmente aquella niña era quien pretendía ser o sólo se trataba del deseo de su corazón por ver su búsqueda terminada. ¿Qué debía hacer ahora?

—Sr. Knaggs —dijo—, ¿podría esperar afuera?

La sonrisa se le borró del rostro al investigador como si le hubieran echado un balde de agua fría. Se quedó un momento congelado sin saber qué decir. Sabía que Jerome era un hombre que terminaba revisando hasta la última tilde antes de cerrar cualquier trato. ¿Qué le había hecho pensar que entregaría a la

niña en dos minutos y saldría de ahí con su dinero?

—... ¿Afuera? —preguntó remilgoso como si no hubiera escuchado.

—Por favor —Le extendió su largo brazo enfundado en su pulcra camisa blanca.

Dejó el equipaje en el suelo junto a la hermana Mary.

—... Bien, estaré en el salón de la chimenea —Se retiró sobre sus pasos.

—Haré que Oswald lo llame cuando sea conveniente —completó, despidiendo también a su mayordomo.

Jerome dejó su cómodo asiento. A su espalda estaba el gran ventanal con el que contaba su estudio y desde donde podía observar perfectamente el patio trasero, y más allá, el bosque, parte también de su propiedad. Sus casi dos metros de estatura podían intimidar a cualquiera, aunque no era su intención, simplemente no sabía cómo continuar la plática. El salón se quedó en silencio. Muchas veces se había imaginado este momento, había preparado su discurso de memoria: *Diré esto, diré lo otro*; pero no, una niña de diez años lo había dejado sin habla.

Sólo un escritorio de nogal los separaba. La figura de aquel hombre imponía, pero tanto Rachel como él experimentaban la misma ansiedad y ninguno se animaba a hablar. La habitación también contaba con un alto librero al lado derecho de la puerta y una pequeña chimenea al lado izquierdo con una repisa y algunas fotografías.

Jerome olvidó todo protocolo y su característica caballerosidad inglesa, ensimismado en la posibilidad de que aquella niña fuera realmente su hija. Alguien tenía que romper la tensión:

—... ¿Podemos sentarnos? —preguntó la hermana Mary, quien parecía ser la única persona medianamente tranquila.

—¡Perdonen mi torpeza! —exclamó apenado—. Por supuesto que sí — Cruzó el espacio que los separaba y aproximó un par sillas justo enfrente del escritorio.

Rachel había escudriñado el lugar durante todo aquel gran silencio sin pronunciar una sola palabra. Seguía *atada* al brazo de la única persona en la que podía depositar su confianza y del objeto que sostenía desde que salió de aquel olvidado convento cerca del mar de Irlanda.

—¿Siempre es tan callada? —se animó Jerome a preguntar tratando de contener sus emociones.

—No siempre —rio un poco la religiosa acariciando el cabello lacio de la niña mientras guardaba su sombrero—. En realidad, Rachel es muy comunicativa. Cuando le toma confianza a la gente nada la detiene. Es muy curiosa y observadora.

—¿Y qué escondes bajo tu brazo, pequeña? —dirigió con dulzura las primeras palabras a su hija.

Rachel miró un momento a la hermana Mary, como si ella le fuera a dar permiso de responder, finalmente, inició el diálogo.

—... Mi diario —dijo colocándolo sobre el escritorio. Se tuvo que acercar para eso.

—¿Tu diario? —se sorprendió—... ¿Sabes escribir? —Miró a la hermana Mary.

—Sí, Rachel es muy inteligente, Sr. Bourke —aseguró con orgullo—. Muchas niñas mayores en el convento no han logrado unir dos palabras; pero ella siempre se interesó por aprender.

Al tenerla más cerca observó sus ojos valientes que no le negaban la mirada, justo igual que su madre; y así como ella, le gustaba escribir en su diario.

—Entonces —Buscó un tema en común—..., también te gusta leer, ¿cierto Rachel?

Ella asintió con la cabeza regresando un poco a su silencio.

—¿Y te has dado cuenta de todos los libros que tengo aquí?

La pequeña los había visto, pero no se había atrevido a mencionarlo. Sus pies estaban ansiosos por ir hacia ellos y su corazón saltaba esperando una invitación.

—¡Ven! —Jerome salió de su escondrijo y se encaminó a su orgullosa biblioteca haciéndole una seña con la mano.

En esta ocasión no hubo una mirada a la hermana Mary; la estaban llamando a su elemento. La niña simplemente dejó su diario en el escritorio y rodeó su silla para alcanzar a aquel amable señor. Su cálida curiosidad infantil se abría ante un prodigioso panorama.

Aquel hombre alto le sonrió como quien entrega un dulce a un niño —había

logrado una conexión—. Al acercarse a él, Rachel no pudo evitar compararlo con alguno de los gigantes de los cuentos infantiles que alcanzó a leer; aunque dichos cuentos no eran mucho de su agrado.

Aquellos piececitos caminaron con paso rápido al principio, para ir disminuyendo su trote al acercarse al par de altos libreros, como si el buen hombre fuera repentinamente a cortar su paso. El dueño de la casa alcanzaba, si se estiraba un poco, el último volumen; mas no así Rachel, que sólo hubiera podido tomar algo de la primera repisa. Era claro que el mueble estaba hecho para alguien como él.

—... Veamos —dijo intentando encontrar algo propio para una niña de su edad.

—¡Ese! —dijo ella con voluntad.

—¿Este? —Tomó una novela clásica—... *¿Historia de dos ciudades?* —leyó el título sorprendido.

El tema no era exactamente el que él le hubiera seleccionado; pero una cosa era cierta, él no conocía nada acerca de su hija.

—¿Sabes de qué se trata? —Se agachó colocándose de rodillas dudando aún de su precocidad.

—*Historia de dos ciudades*, ¿eh? —intervino la hermana Mary mientras observaba el fraternal cuadro—. Sí, claro que conoce la historia —Sonrió recordando un episodio del pasado—. Rachel y yo la leímos algunas veces a escondidas —confesó—. Desafortunadamente sólo teníamos parte de la historia.

—¿Cómo es eso? —preguntó Jerome entregándole el título a su hija.

—Ese libro fue uno de los que nos donaron; pero sólo teníamos la mitad. Siempre tuvimos la curiosidad por saber cómo terminaba —Sabía que ahora Rachel encontraría ese final.

—Creí que en el convento sólo leían temas... religiosos.

La hermana Mary suspiró un poco mirando por la ventana y dijo:

—... Sr. Bourke. Creo que nadie se imagina lo difícil que es mantener la cordura en tiempos como estos. Tener que escuchar las necesidades de estos niños sin conseguir suplirlas; o a veces hasta mendigar el pan para que ellos puedan comer. Aunque hay ocasiones en el que algunos buenos cristianos se compadecen de nosotros y nos dan la mano, pero no siempre sucede —aquella

no era la aclaración que Jerome había pedido, pero el corazón de la mujer anhelaba expresarlo—. El que Rachel esté aquí puede considerarlo también... un milagro de Dios. Entre tantas cosas que pudieron suceder y después de tanta confusión por esta insulsa guerra, ahora ella está aquí, como pudo no haber sucedido. Debe sentirse afortunado por eso —Hizo una pausa observándolo— ... y en cuanto al libro. Sí, hay veces en que tenemos que doblar un poco las reglas para mantener la salud mental de estos niños..., y la nuestra también. Rachel es una niña muy vivaz e inteligente. Ahora la ve muy tranquila, pero su voluntad y curiosidad va mucho más allá de lo normal, sobre todo cuando le ha tomado confianza a la gente, ya pronto se dará cuenta —esto último sonó como una graciosa advertencia.

La pequeña la observó de forma penetrante, como gritando con sus ojos: *¿Había necesidad de decir eso?*

Historia de dos ciudades fue a parar al escritorio de Jerome, justo frente a él, mientras unos ojos curiosos buscaban el punto exacto donde había interrumpido su lectura.

La mirada de aquel padre de familia se enrojeció al imaginar los problemas innecesarios que había pasado su pequeña cuando tenía cama y comida caliente en Lingfield. *Por qué su esposa había hecho lo que hizo* es algo que se seguía preguntando hasta el día de hoy.

Mientras trataba de controlar sus sentimientos, el ver la figura de Rachel emocionada por un simple libro le hacía evocar buenos momentos —los cuales consideraba insuficientes—. No podía creer que aquello estuviera pasando. Sentía el deseo de abrazar a la niña con todas sus fuerzas; pero tampoco quería incomodarla ni sabía cómo podía reaccionar. La había visto tan reservada que lo más prudente era esperar. Los últimos años que había pasado llena de privaciones —y quizás de amor—, no debieron ser fáciles para una niña. Su ímpetu de padre debía reprimirse un poco por el bienestar de ella, al menos por el momento.

Había algo que arreglar primero.

—Rachel —dijo Jerome—, ¿te gustaría probar alguno de los postres especiales que hacemos aquí?

Asintió con la cabeza sin soltar la página que estaba leyendo.

Sin más, el hombre se dirigió a la puerta y llamó a su mayordomo.

—... Oswald, lleva por favor a la niña al comedor y ofrécele de esa maravillosa tarta que hace tu mujer.

—Inmediatamente, señor...

Rachel se alegró que fuera ese hombre amable quien la acompañara, él parecía tener un toque especial con los niños. Acto seguido, la niña empezó a complicarse para cargar su diario y la novela que le entregó su padre.

—Deja tus cosas aquí, querida —pidió la hermana Mary—, yo las cuidaré... Acompaña al Sr. Oswald. Nosotros necesitamos tener una plática de adultos...

La niña obedeció y se retiró en silencio de la mano de Oswald. Cerraron la puerta.

—Usted perdonará, Sr. Bourke, pero Rachel es muy aprensiva con sus cosas... y en el orfanato, bueno, no siempre es fácil el desarrollo de los niños en un lugar así. Espero que con el tiempo muestre otro comportamiento.

—No se preocupe hermana, la comprendo...

Era evidente el apego que la niña tenía con su protectora y era algo que Jerome debía agradecer; pues alguien al menos, en la difícil infancia de su hija, se había preocupado por ella; pero *quizás*, también podía convertirse en un obstáculo para la nueva vida que le esperaba.

—... No puedo negar que es la viva imagen de su madre —dijo pensativo e intentó ser frío, para traer al verdadero Jerome a escena, el que sabía controlar sus emociones—... Hermana Mary —Entrelazó sus dedos sentado detrás del escritorio mientras pensaba sus siguientes palabras—. Primero que nada y antes de entrar en los detalles que nos atañen, debo agradecerle el incuestionable cariño que siente por Rachel. Sé que usted, como los miembros de su congregación, tienen una labor muy dura, y siendo francos, dentro de sus obligaciones no está el amar a todos los niños que llegan a sus manos —dijo con sinceridad—; mas, sin embargo, sí le agradezco la labor que ha hecho con ella... En verdad —se quebró entornando sus ojos—... no puedo imaginar la clase de vida que pudo haber llevado; pero lo que sí sé, es que usted hizo todo lo posible porque esa vida fuera la mejor posible...

La hermana Mary escuchó con atención compartiendo el sentimiento de su contraparte y agradeció en consecuencia, para después agregar:

—... Debo señalar, Sr. Bourke, que en el tiempo que estuve con Rachel, ella me dio mucho más de lo que yo a ella. Fue como un ángel que avivó mi espíritu desde el primer día que llegó al orfanato. No fue difícil encariñarme con ella... Tal vez, la que deba agradecer por todo esto, debo ser yo.

Después de un poco de sentimentalismo, llegó la parte complicada, pero a la que Bourke tenía que llegar:

—Sin embargo —limpió sus lágrimas y ofreció un pañuelo a la hermana—, y aunque creo que nunca podré pagarle todo lo que hizo por ella, sí debo velar por lo que considero es mejor para mi hija —La miró intentando traer al viejo militar que llevaba dentro—: No quiero sonar áspero, pero debo ser sincero. Para que Rachel se desarrolle en su nuevo ambiente, es primordial que corte con toda conexión con su... *triste* pasado... Necesito que todo eso quede atrás y que ella inicie una nueva vida aquí, con su familia, como le corresponde.

La hermana Mary se entristeció mucho. Las palabras de aquel hombre horadaron su corazón hasta lo más hondo, puesto que sabía que ella era parte del pasado de la niña; y aunque no la había mencionado directamente, sabía que se refería a ella. Los casos de adopción en *Hope Field*, como en cualquier otro orfanato, seguían el mismo protocolo: Se entregaba el menor a los padres adoptivos en completa confidencialidad y no se le volvía a contactar. Así era siempre, en realidad no debería de sorprenderse. Sin embargo, este no era estrictamente un caso de adopción; y por alguna razón, que quizás podría catalogarse como destino, todo el amor de madre de una mujer que no tuvo hijos, lo canalizó a aquella niña; y muy en su interior guardaba la esperanza de que esta vez, sería un caso diferente, de que esta vez podría seguir frecuentándola y que Rachel no se convertiría en una sombra más en los viejos expedientes de *Hope Field*.

—... ¿Me he explicado claramente hermana? —preguntó Jerome sacándola de su trance.

—Lo entiendo Sr. Bourke —respondió enderezándose y obedeciendo sin estar de acuerdo, sus ojos no dejaron de clavarse en los de él. Retadores—...; y aunque el afecto que siento por la niña es mucho, sé que el procedimiento dicta que debo retirarme y no volver a verla... Sé que es lo mejor para ella.

—Perfecto, estamos de acuerdo entonces —se congratuló—; y en conse-

cuencia a su desempeño y el de su institución, me comprometo a brindarle mensualmente una ayuda especial para que sigan adelante con su gran labor.

—No es necesario, Sr. Bourke—señaló orgullosa de inmediato. Sintió que el gesto era como una limosna—. Nuestras visitas no persiguen fines recaudatorios.

—Me queda claro que su visita no persigue ese objetivo, pero sé también que todo apoyo sería bien recibido en el orfanato; y si está dentro de mis posibilidades hacerlo, qué mejor que utilizar el dinero en esta buena causa.

La hermana Mary se sintió un poco impotente por la situación; mas, sabía que su anfitrión tenía razón en todo; además, lo más importante eran los niños.

—... Debo agradecer su intención, Sr. Bourke —dijo con seriedad y desviando la mirada—; pero no está en mis manos la administración de las donaciones. Creo que para eso debe comunicarse directamente a *Hope Field...* y sí, seguramente su apoyo será bien recibido —recordó algo importante—... ¿Y qué hay acerca del diario?

El libro estaba en el escritorio como mudo testigo de aquella plática. Ambos voltearon a verlo al mismo tiempo.

—¿Qué hay con él? —preguntó Bourke como si fuera algo prescindible.

—Es el diario de la niña —acaso no era obvio—. Es la única pertenencia de Rachel.

Jerome se echó para atrás mientras su índice jugueteaba con sus labios.

—¿Podría usted llevárselo?

La religiosa ensanchó sus ojos comprendiendo que el que tenía enfrente tenía poco tacto con los niños. Era lógico considerando que su única hija se había perdido hacía ocho años y él regresaba de la guerra. No sabía qué tan bueno sería para Rachel tener un padre con un extremo de vivencias semejante.

<< ¿Cómo lo convengo de la importancia que tiene el diario para mi niña sin hacerlo sentir mal? >>, pensó.

Ya Bourke había establecido sus reglas y el hombre había sido muy directo. Tenía que ser muy diplomática para no provocar un conflicto. Rachel no podía quedarse sin aquel registro de vida, no se lo perdonaría nunca.

—Sr. Bourke, ¿podría hacerle algunas preguntas personales? Es parte del procedimiento.

—¡Adelante! —aseguró detectando que había un trasfondo.

—¿Cómo fue su vida familiar?

Jerome lo pensó antes de contestar, puesto que había una parte que prefería no recordar.

—... Tengo que agradecer a mi padre la cercanía que tuvo conmigo en mis primeros años. Me enseñó muchas cosas y me inspiró a seguir su carrera.

—¿Y qué pasó después?

—La Guerra... papá tuvo que enlistarse.

—¿Cómo fueron esos días para usted?

—Terribles —sus ojos se desviaron buscando ese fragmento del pasado—... mamá no se daba abasto y todo empezó a escasear. Además de que vivíamos con el temor de que, cualquier día, un telegrama tocara a nuestra puerta avisándonos lo peor... Me hizo mucha falta esos años.

—Entiendo —Hizo una pausa y explicó luego—: En *Hope Field*, como en cualquier otro orfanato, las cosas no son fáciles para los niños; y empeoraron con la guerra. Debemos darles techo, alimento, ropa; y agradecemos a Dios cuando lo logramos. Además, debemos buscarles un hogar, lo cual se vuelve complicado conforme los niños crecen. Olvídense de darles un juguete en Navidad o su cumpleaños, casi todo es compartido... ¿Se ubica usted en una situación similar?

—No, hermana, no creo poder ponerme en los zapatos de ninguno de ellos.

—Recuerdo bien la noche que Rachel llegó a nuestro hogar: La encontramos en la puerta, estaba casi desnuda y probablemente tenía tiempo sin comer. Creemos que fueron los ladrones que la despojaron de todo lo que la dejaron ahí. Durante la primera semana sólo repitió: *¿Dónde está mi mamá?* Afortunadamente la dejaron a mi cargo, la cuidé y la alimenté, hasta que repentinamente comenzó a hablar, supimos entonces que su nombre era Rachel. Supusimos su edad, aunque su dicción hacía pensar otra cosa. Pronto se interesó en las letras y aprendió a leer y escribir... El año pasado le compré ese diario, lo cual la puso muy contenta.

El jefe de la familia Bourke tomó el libro y lo hojeó un poco, no con el afán de averiguar sus secretos, era más bien una distracción a lo que estaba escuchando. En aquel instante empatizó, y quizás le hubiera concedido cualquier

petición en ese momento, porque ya lo había convencido.

—Le pido por favor que olvide un poco que es un regalo mío, piense un poco en su hija. Ese diario es su única pertenencia; y ahora que va a vivir en un ambiente diferente al que conocía, tal vez sea mejor no separarla del único objeto en el que ha aprendido a refugiarse.

Jerome se quedó pensativo, dejó el libro en el escritorio notando que sus hojas estaban a punto de terminarse y respondió:

—Creo que tiene razón, será lo mejor para Rachel.

La religiosa dibujó un gesto de victoria.

—... Muy bien —prosiguió echándose para atrás en el asiento y limpiando una lágrima en sus ojos—... Creo que, habiéndonos puesto de acuerdo, podemos enfocarnos en la cuestión legal.

—Supongo que el Sr. Knaggs ya le envió un informe detallado, yo sólo traigo los formatos necesarios para su firma. ¿Quiere revisarlos?

Bourke ya lo había hecho, Knaggs se los había proporcionado con antelación, así que no lo consideró necesario. Todo lo que deseaba era cerrar ese círculo y abrazar a su hija.

—Me parece que están bien —dijo hojeándolos descuidadamente—, confío en usted, ¿cuál sería el siguiente paso?

—Gracias, Sr. Bourke —Acercó la maleta de la niña—. Hago entrega de las pertenencias de Rachel... Bueno, le tengo que ser franca. Todo lo que viene en la maleta se lo compró el Sr. Knaggs camino a Lingfield... ella no tenía nada adecuado para la ocasión.

—Lo sé, lo compró con su racionamiento.

<<Debo prepararle un bono especial por el detalle>>, pensó.

—Sé que no es mucho, pero le servirá por unos días.

—No se disculpe hermana, es más de lo que puede esperarse en esta situación.

—... ¡Ah! —recordó—, me permití incluirle el camisón con el que llegó a *Hope Field*. Era lo único que traía puesto; pero tomando en cuenta sus indicaciones, no sé si desee sustraerlo antes de entregar la maleta a la niña.

—No olvida ningún detalle, ¿verdad, hermana? —sonrió satisfecho—; pero tiene razón, lo tomaré antes de entregársela —Examinó las pertenencias e hizo

una pregunta que podría sonar tonta dadas las condiciones, pero tenía que hacerla—: Hermana, mi esposa le regaló a Rachel un relicario muy valioso con la foto de ambas, ¿no fue hallado?

—No, como le dije antes, Rachel llegó sin nada a Hope Field. Muy probablemente eso fue lo primero que llamó la atención a quien quiera que la haya abordado. Demos gracias a Dios que tuvieron el corazón para dejarla en las puertas del orfanato y no deambulando por ahí. Cómo se hubiera defendido una niña de dos años sola en este mundo —Hizo una pausa y recordó como acotación—...: Sabe, un día estábamos tres hermanas y yo en la cocina. La niña estaba desayunando en silencio, como había sido hasta ese día. Discutíamos cuál debía ser su nombre, cuando de pronto dijo: *Mi nombre es Rachel*. Nos dejó calladas y continuó con su avena. Desde ese día no ha parado de hablar; aunque nunca supo decirnos ni su apellido ni su edad...

—Hasta que el Sr. Knaggs llegó —completó Jerome.

—Así es.

Sus historias eran muy relajantes, tenía que reconocerlo. Quizás podía hablar todo el día de su experiencia con Rachel; pero el ex-militar no deseaba quitarle más tiempo:

—... Hermana Mary, me ha gustado mucho escuchar sus anécdotas, pero debo recordarle que todavía me falta entrevistarme con el Sr. Knaggs, y a usted, un largo camino de regreso a *Hope Field*.

—Tiene razón, Sr. Bourke —rió con confianza haciendo un ademán con la mano—, sólo debe firmar los papeles. La verdad es que únicamente es una formalidad, el Sr. Knaggs y usted, ya hicieron la mayor parte del trabajo.

Jerome los tenía ya en su escritorio, pasó su vista rápidamente, y, sin pensarlo mucho, estampó su rúbrica en ellos. La hermana Mary los guardó sabiendo que su labor había terminado.

—Sólo me queda pedirle un último favor —Lo miró con un dejo de tristeza—... Déjeme despedirme de Rachel.

—Claro hermana, no hay ningún problema —aceptó sin vacilar.

Rachel había hablado muy poco desde su salida de *Hope Field*. Era lógico considerando que de la noche a la mañana había encontrado a su padre. La niña no lo asimilaba aún, permanecía expectante observando todo y a todos; aunque

su boca no dejaba de moverse devorando el pastel de frutas de la Sra. Fairchild en la cocina. Sus piecitos colgaban de la silla meneándose nerviosos mientras Diane y su esposo la miraban de frente.

—Es idéntica a su madre —susurró el ama de llaves sintiendo estremecer su corazón.

—Sí —reforzó Oswald—, cómo olvidar a la señora, es su viva imagen... Hasta comen de la misma manera.

Cuando la niña terminó, Diane se acercó rápidamente. No podía ocultar su alegría por tenerla en casa.

—¿Quiere más mi niña? —dijo con dulzura como si la conociera de toda la vida.

Aquellos ojos marrones miraron con curiosidad las canas de la señora. Por alguna razón le transmitían confianza.

—No, gracias —contestó con una sonrisa.

Oswald también estaba contento de tenerla de vuelta y observaba con agrado la escena, era como si el reloj hubiera retrocedido —ojalá así hubiera sido—. El llamado del Sr. Bourke lo volvió a la realidad.

Le permitieron a la hermana Mary unos minutos a solas con Rachel. La niña escuchó cada palabra de aliento de la que hasta ese momento había sido lo más cercano a una madre que había tenido. Su tristeza no se manifestó más allá de unas cuantas lágrimas, su corazón estaba confundido. No comprendía por qué ya no podría verla y la hermana no supo cómo explicarle cómo era el procedimiento, y mucho menos pensó en decirle que también era una instrucción de su padre.

La mayoría de los niños en *Hope Field* habían perdido a sus padres antes y durante la guerra. El lugar era habitado por menores de todas las edades: Refugiados, abandonados o algunos que había llegado por mero accidente; pero todos tenían un sueño en común: Pertenecer a una buena familia —y qué mejor que fuera la propia—. Rachel había encontrado a su verdadero padre por azares del destino; pero era difícil que abrazara la idea en tan corto tiempo.

—Sr. Knaggs —se acercó Jerome al detective mientras la hermana Mary y Rachel se despedían—, sé que tenemos que finiquitar nuestro asunto, pero se

hace tarde y tienen que regresar a Londres. Me gustaría que viniera el día de mañana para platicar con calma.

Aquel no era exactamente el mejor plan para Nicholas, él había pensado en concluir el tema esa misma tarde y así pagar sus deudas; pero cómo podía negarse a los deseos de su mejor cliente.

La paciencia no era exactamente una de sus virtudes, pero la había ejercitado bastante bien con Jerome Bourke durante los últimos años. Tendría que morderse los labios y aceptar los términos de su contratante.

<<Y encima de todo, tengo que llevar a la monja conmigo a Londres>>, re-funfuñó.

El viejo *Ford Prefect* se retiró dando vuelta a la rotonda y perdiéndose por el mismo camino por donde había llegado. Jerome, Oswald y Diane los despidieron desde el pórtico, mientras la pequeña Rachel permanecía en silencio agitando tibiamente su mano.

No hubo un berrinche, no hubo un llanto profundo, sólo silencio y una mirada *inocente*. El padre de familia se acercó a su hija y la tomó por la cabeza, acariciando su cabello liso y recogido. Rachel volteó para observarlo, pero no se negó al toque de aquel hombre; quien rápidamente se acuclilló para estar al mismo nivel.

—Y bien, hija, ¿cómo te sientes?

Ella se encogió de hombros desviando la mirada. En realidad, no tenía una respuesta apropiada.

—¿Estás cansada?

Ahora asintió con la cabeza.

—Bueno, entonces la Sra. Fairchild te llevará a tu habitación. Ella te ayudará a cambiarte y a instalarte. Puedes llevar contigo tu maleta y el libro que te presté.

Rachel estaba a punto de girar en dirección hacia Diane cuando Jerome la detuvo.

—Puedes... darle un abrazo a tu padre primero —Sus ojos se entornaron, seguía de rodillas.

Ella no se lo negó, aunque tampoco fue muy efusiva. Se sentía extraña y todavía no sabía cómo reaccionar; aunque para su padre, aquel instante significó

todo.

El Sr. Bourke la abrazó con fuerza mientras los brazos de la pequeña no alcanzaban a abarcarlo. El hombre lloró mucho lleno de una inmensa felicidad. No pudo evitar cargarla en brazos y entrar en la casa hasta llevarla a su recámara, luego dio las indicaciones pertinentes para que la Sra. Fairchild se hiciera cargo de ella.

Rachel se sentó en la orilla de la cama observando, fiel a su costumbre, cada rincón de su habitación mientras meneaba nerviosa sus pies. Miró aquella elegante cama finamente decorada y todo lo que había alrededor en un espacio mucho mayor del que nunca había visto para una sola persona.

—Apenas tuvimos tiempo para encontrar lo necesario para ti, mi niña —dijo un poco apenada la Sra. Fairchild.

—¿Todo esto es mío? —preguntó con inocencia—. ¿La cama es para mí sola?

Diane no tuvo que indagar mucho en su triste historia. Sabía a lo que su voccita se refería. Caminó con prisa para abrazarla y le dijo llorando:

—... Sí, mi niña, todo esto es tuyo, y habrá muchas otras cosas más; pero, sobre todo, tendrás el amor de tu padre y el nuestro. Seremos una familia otra vez, ya lo verás que sí —Se sentó en la cama—. ... Sabes, sé que no lo recuerdas; pero cuando eras muy pequeña yo te cargaba en mis brazos, era un poco menos vieja —Sonrió—. ... Y tu madre, tu madre siempre te quiso mucho...

—Me dijeron que había muerto —soltó directamente y con un poco de frialdad.

El ama de llaves suspiró sin estar segura de cómo contestarle, así que sólo le habló con la esperanza que aún guardaba:

—... Aún no estamos seguros de eso, pequeña; mas, de cualquier modo, tú estás aquí, y si ella regresa, sabrá dónde encontrarte.

—Quisiera que estuviera aquí, tampoco me acuerdo de ella, ni de papá...

—Pues ten fe, mi niña, ten fe —La llevó a su costado—. ... Bueno, este día ha sido muy largo para ti. Descansa un poco y más tarde vendré por ti para la cena —Abrió el pequeño maletín que le servía de equipaje—. ... Habrá que comprarte ropa... —señaló y observó luego el diario y la novela que había tomado del estudio—. ... ¿Sabes leer y escribir?

—Sí.

—Tu madre hacía lo mismo. Incluso también llevaba un diario.

—¿Le gustaba escribir?

—Sí, siempre lo hacía —Alzó los ojos recordándolo—; bueno mi niña, creo que ya deben estar me esperando en la cocina y hay muchas cosas que hacer todavía en la casa —Acomodó su poca ropa y se dirigió a la puerta, pero antes de dejarla comentó—...: Espero que podamos ser amigas.

—Pensé que ya lo éramos —dijo con sencillez.

—¡Claro mi amor! —le arrancó una sonrisa—. Te llamó más tarde para la cena y... ¡Bienvenida a casa!

Rachel se quedó sola en medio de aquella habitación sintiéndose un poco fuera de lugar; aunque eso no era nuevo para ella, lo experimentaba continuamente en el orfanato, siempre estaba acompañada, pero sola. Regularmente no se relacionaba mucho con los otros niños de su edad, y menos con los mayores. Siempre iba un paso adelante de los demás y se interesaba por temas que quizás a una niña no debían interesarle. Por esta razón, había hallado en la hermana Mary a la cómplice perfecta de sus aventuras. Lingfield aún no conocía a la verdadera Rachel.

Giró su cabeza en medio de aquellas cuatro paredes: Había una sola puerta que daba a las escaleras, una sola ventana grande en la que bien podía haber a lo alto y desde donde se observaba el patio trasero y el bosque. También contaba con un escritorio enfrente de su cama, aunque nunca utilizaba una superficie plana para escribir.

Sus ojos curiosaron un poco a través del cristal sin decidirse a abrir la ventana y luego se acostó en la cama. El colchón era fresco, suave; pero a la vez firme, lo acarició. Nunca había sentido esa calidez y menos ese... espacio. Muchas veces había tenido que acurrucarse para defender esa tercera o cuarta parte del *territorio* que le correspondía para dormir. Ahora se sentía extraña y cansada, habían sido demasiadas cosas para un solo día, el sueño le estaba ganando, pero tenía que hacer otra cosa antes de dejarse vencer:

16 de abril de 1947.

Hoy por fin llegué a casa, al menos eso creo. Conocí a mi papá, el Sr. Jerome Bourke. Dicen que es una persona importante. Su casa es enorme y está en medio del campo. Aquí muchos dicen que me conocen, pero yo no recuerdo a nadie. Mi mamá sigue perdida, parece que falleció; pero yo sigo creyendo que un día va a volver, como mi papá. Me gustaría poder abrazarla y darle un beso. Me tuve que despedir de la hermana Mary y no sé si la volveré a ver algún día. Ahora tengo una habitación y una cama para mí sola. Me siento rara aquí, aunque todos parecen ser amables conmigo. El Sr. Bourke, mi papá, tiene muchos libros...

Se quedó pensativa sobre el papel mientras su pluma giraba sin escribir una sola letra más. Cerró los ojos y se quedó dormida.

3

—El Sr. Knaggs está aquí —anunció Oswald.

Jerome miró su reloj de bolsillo, eran las 9:00am, el detective sí que había sido puntual. Hizo a un lado los papeles que estaba revisando e indicó después:

—Hazlo pasar por favor.

El investigador entró apresurado cargando un maletín de piel maltratado y saludó a su contratante para luego tomar asiento.

—¿Le ofrezco algo? Por la hora supongo que habrá salido muy temprano de Londres.

—Gracias, así estoy bien.

—De acuerdo, Knaggs, no le demos más vueltas al asunto y finiquitemos esto —dijo al observar que traía prisa. No obstante, otro tema le daba vueltas en la cabeza.

—Así es, Sr. Bourke —se alegró al escuchar esas palabras.

—Aquí está lo que pactamos, ya lo tenía preparado —Extendió un sobre con el dinero—. Creo que encontrará todo en orden. Además, le hago extensiva mi gratitud con un buen bono por el detalle que tuvo con la niña.

Knaggs era desconfiado por naturaleza; pero podía ceder ante aquel recto hombre de negocios; además, eso implicaba también una muestra de respeto. Tomó el sobre abierto, algunos billetes de alta denominación se asomaban. Sus ojos se ensancharon al verlos. Lo guardó en su saco sin negarse a ocultar su felicidad.

Cuando el hombre consiguió lo que había venido a buscar, su tensión bajo a cero y se relajó hundiéndose en el asiento. Hubo unos segundos de silencio, como si uno esperara a que el otro hablara.

—... Pero no crea que he olvidado que la búsqueda sigue en pie —apuntó el detective.

—Así es, Knaggs —resopló mirando hacia abajo sabiendo lo complicada que era la odisea.

El investigador intentó acompañar el sentimiento de su cliente; mas no era su fuerte.

Jerome regresó a lo que ya se había logrado para darse fuerza:

—... Ha sido muy gratificante que haya logrado encontrar a mi hija. No me imagino lo que tuvo que hacer para tener éxito en medio de tanta desinformación.

<<Cierto, no se lo imagina>>, pensó Knaggs.

—Para serle franco, Sr. Bourke —alegó con sinceridad—, y aunque mi reputación me precede. Tengo que admitir que tuve un gran golpe de suerte, o quizás todo tenía que ser así, no lo sé; llámelo destino, si así lo prefiere... Después de años en blanco, uno encuentra la pista adecuada, a veces, donde menos se lo espera, y de la noche a la mañana consigue el objetivo. Así es el trabajo de la investigación privada.

—Creo que entiendo esa parte; aunque donde muchos ven suerte, uno ve trabajo. Yo ya había perdido toda esperanza.

—Pues, todo es cuestión de mantener los ojos y oídos permanentemente abiertos.

—... Bueno, agradezcamos a Dios que mi hija apareció. En cuanto a mi esposa..., ¿tiene noticias?

—Lamentablemente no —bajó la mirada decepcionado.

—Pero el hallazgo de Rachel nos ayuda en algo, ¿cierto?

—No en este caso, Sr. Bourke.

—Pero escaparon juntas de esta residencia...

—Así es —lo interrumpió pensando en cómo diría lo siguiente—...; sin embargo, en algún punto del camino se separaron...

Se observaron conociendo las terribles condiciones de la historia y sus probables consecuencias. La palabra la tenía el profesional:

—Sr. Bourke, tengo que ser honesto: Si nos enfocamos en la experiencia de Rachel como una base; ella fue víctima del hurto de sus pertenencias, y debo señalar que corrió con mucha suerte, muchos de los ladrones no se conforman sólo con eso; usted sabe a qué me refiero —Lo miró fijamente—. En cuanto a lo que ocurrió, mi teoría es: Que aprovecharon un descuido para llevarse a Rachel; la tomaron por la fuerza, aunque eso también implicaría el probable

secuestro de su esposa; o que hubo algún distanciamiento entre ambas por alguna razón que todavía desconocemos...

Bourke se tomó la barbilla un momento, era como si el detective lo empujara a un callejón sin salida.

—Mi mujer nunca abandonaría a nuestra hija, eso téngalo por seguro.

—Eso, Sr. Bourke, es lo que me temo yo también —Lo observó con seriedad—... Debe estar preparado para lo peor.

—Lo peor, créame, es no saber qué le pasó.

—Estoy de acuerdo con usted, Sr. Bourke, seguiré las pistas entonces hasta que usted me indique lo contrario.

Jerome sabía, muy en su interior, que cualquier noticia que le trajera Knaggs no sería buena; sabía, que su esposa no se hubiera separado de la niña por ningún motivo, y eso aumentaba las probabilidades de que hubiera *desaparecido*; mas él se empecinaba en mantener una leve esperanza.

Knaggs se encaminó entonces a la salida deteniéndose un poco en los escaloncillos. Su ánimo fue menguando con cada paso que daba en el crujir de aquel pasillo del estudio a la puerta principal. Giró varias veces su sombrero de bombín enfrascado en un trance de preocupación. ¿Sabía Bourke realmente lo que había al final del camino? Él sí lo sabía, su experiencia se lo gritaba.

Haber rescatado a su hija ya era bastante, considerando las condiciones. Knaggs creyó que la búsqueda terminaría ese día con un apretón de manos, bueno, él no podía razonar como esposo, nunca lo había sido; pero tampoco quería llegar con malas nuevas, regularmente sus casos terminaban con éxito.

<< ¿Sería prudente rehusarme a continuar? ¿Y si me equivoco? >>.

Su codicia peleó contra su ética. Ya había quedado bien claro que los próximos resultados no serían nada agradables, qué más podía explicarle a su cliente. Tal vez debía regresar a los barrios bajos a investigar, o a aquel viejo bar donde solucionó el caso de la niña. En algún lado había una respuesta, pero no sabía si podría encontrarla.

Los ojos de Oswald permanecían fijos sobre el huésped sosteniendo abierta la puerta de su *Ford Prefect* casi gritándole que todo estaba dispuesto para su partida.

—Tú siempre tan servicial, Oswald —sonrió al encaminarse a su vehículo.

—Se hace lo que se puede, señor —respondió con una reverencia a medias y esperó a que Knaggs abordara su auto.

—Por cierto, Oswald, esa madera del pasillo cruje demasiado.

—Lo sé, señor, ya está en los planes repararla.

El escape resopló con un fuerte tronido.

—Creo que su mofle también está averiado —reviró.

—Lo sé, Oswald, también está en mis planes —sonrió—. ¡Hasta pronto!

El mayordomo lo despidió de vuelta con una reverencia a medias y permaneció en el pórtico hasta verlo cruzar el límite de la propiedad.

Bourke continuó con sus asuntos apenas se retiró Knaggs. Había tanto por hacer en Lingfield que no se daba abasto, mucho menos con los nuevos negocios que pretendía iniciar.

Pasaron sólo unos minutos cuando vio el reloj nuevamente. Llamó entonces a su ama de llaves:

—¿Rachel sigue dormida? —preguntó.

—Sí, desde ayer, señor.

—Ya es un poco tarde, ¿no lo cree Sra. Fairchild? —se escuchó un poco dictatorial—. Creo que lo mejor será despertarla. Es conveniente que se vaya acostumbrando a los horarios de esta casa.

—Entienda su condición, señor.

—Porque entiendo su condición lo dejé pasar este día, pero sólo hoy. Vaya por ella por favor.

—Como usted indique.

—También dígame a Arthur que prepare el coche y que Rachel esté lista, iremos a la ciudad para comprarle algunas cosas.

17 de abril de 1947.

La Sra. Fairchild me despertó por la mañana, bueno, eran casi las diez. No recuerdo haberme levantado tan tarde anteriormente, si lo hubiera hecho y no estaba enferma, hubiera implicado un castigo del que prefiero no acordarme. En el orfanato siempre nos levantaban al amanecer para ayudar con los quehaceres de la casa. Los más grandes terminábamos ayudando más; pero la señora me dijo que ya no tendría que hacer nada de eso, lo cual me alegró. No

sé por qué me levanté tan tarde. La Sra. Fairchild es muy amable conmigo, tanto como lo era la hermana Mary. Quizás también llegue a hacerla mi cómplice, ji, ji, ji.

Me sentí extraña al no despertar con un pie en mi cabeza y tanto espacio a mi alrededor. Lo primero que pensé es que me habían dejado sola. Fue hasta que vi a la Sra. Fairchild que recordé lo que había pasado ayer.

Tuve que bañarme y desayunar aprisa porque teníamos que salir. Hay varios cuartos de baño en la casa; pero la Sra. Fairchild me llevó a uno muy grande donde había una tina. Nunca me había metido a una, sólo las había visto de lejos. Creo que en el orfanato había una que no usaban. La Sra. Fairchild llevó varias cubetas de agua caliente para poder bañarme y logró que el agua hiciera mucha espuma. Dice que hacía tiempo que necesitaba de un buen baño. Nunca había olido mi cabello tan limpio ni lo había sentido tan suave, me gustó; ahora su liso sí era natural.

Después de eso, papá me llevó a Londres, él dice que antes vivíamos allá, yo no recuerdo nada, dice que era muy pequeña cuando nos mudamos a la casa de campo en Lingfield y que por eso no lo recuerdo. Pasamos por una casa muy grande que aún están arreglando, bueno lo que quedaba de ella, papá dice que fue destruida en los bombardeos. También dice que terminarán de arreglarla en unos meses y que entonces regresaremos a habitarla.

Papá parece ser un señor importante, lo noté desde que entramos a la primera tienda, donde fue tratado con mucho respeto, a veces me da la impresión de que le tienen miedo. No entiendo por qué lo llaman: <<Almirante>>. Estuvimos afuera casi todo el día, dice que necesitaba muchas cosas y que nada de lo que traje me serviría ya. Sólo me quedé con el trajecito que me compró el Sr. Knaggs. Bueno, tuve que usarlo nuevamente porque era la única ropa decente que traía. Papá dice, que como toda una dama Bourke, siempre debo tener una excelente presentación; nunca me había fijado en esas cosas, pero creo que puedo acostumbrarme.

Las calles de Londres fueron hermosas alguna vez, me dijo, eso fue antes de que fueran arrasadas por los bombardeos, fue en ese tiempo que nos mudamos a Lingfield. Ahora apenas algunos edificios se mantenían en pie y otras casas están reparándose. Hay mucha pobreza y muchos niños sin hogar. Muchos de

ellos se nos acercaron a las ventanillas pidiéndonos de comer; pero papá los ignoró. Tampoco sé por qué, parece que él hubiera podido hacer algo más por esa gente; únicamente repetía: <<No puedo ayudar a todos>>.

Conocí también a Arthur, el hijo de los Fairchild. Tiene tiempo sirviendo en la casa. Es el chofer, el granjero, el cazador; no sé de qué, pero algo comentó con papá acerca de eso; y el que regularmente hace los viajes a la ciudad cuando algo se requiere.

Hubo algo que me llamó la atención mientras estábamos en Londres. Papá dijo: <<Malditos yankees, ahora también dependemos de ellos>>. Eso fue algo que no entendí; pero lo mencionó mientras observaba las reparaciones que se estaban llevando a cabo en la ciudad. Quizás es un tema del que no deba preguntarle, quizás aún no.

No puedo quejarme del viaje; aunque terminé muy cansada, otra vez, papá me compró muchas cosas, más de las que nunca imaginé tener. Creo que si la hermana Mary me viera se pondría muy feliz... Ha pasado sólo un día y ya la extraño.

—¿Los señores no bajarán a cenar hoy tampoco? —preguntó Oswald a su mujer en la cocina.

—El Sr. Bourke mencionó que sí —respondió mientras revisaba la olla de la sopa.

—Han estado muy callados.

—Como siempre —Regresó a la mesa y empezó a tararear una alegre tonada.

—Te escuchas muy feliz, mujer —dijo Oswald sonriendo de oreja a oreja.

—Lo estoy. El sólo hecho de saber que Rachel está de vuelta es razón suficiente.

—Yo también lo estoy, y el señor Bourke ni se diga —Se acercó entrelazando sus manos en la espalda.

—Creo que la niña puede traer de vuelta la alegría que se fue de esta casa hace años.

—Sí..., el mismo día que la señora Rachel se fue.

—Sí —Se privó unos segundos—..., ese maldito día —Dejó caer con ren-

cor sobre la carne el hacha de cocina.

El mismo Oswald se hizo a un lado por el golpe.

—Calma, mujer. Creí que estabas contenta.

—Lo estaba, hasta que me recordaste eso... ¡y no sigas o pondré tu cabezota abajo de esta hacha! —reclamó con carácter.

Oswald ensanchó los ojos, dio un paso atrás y alzó las manos en señal de rendición —aunque reía por dentro—.

—Mejor deberías encargarte del piso de la entrada.

—Arthur ya lo está haciendo.

—¿¿Arthur?! Arthur esto, Arthur lo otro. Él no puede hacer todo solo.

—La juventud mujer, la juventud...

Londres, en el departamento de Knaggs.

—¿Quién es? —preguntó el investigador al escuchar el golpeteo en la puerta.

—¡Antoine! —respondió una voz aguardentosa con cierta confianza.

El hombre estaba sentado en la sala fumando un cigarrillo y tomando un trago del licor que le quedaba. Ya había organizado sus cuentas de acuerdo al dinero que le entregó Bourke, pero había olvidado un pago que no deseaba hacer. El sólo enterarse de la llegada de su visitante lo hizo maldecir el día. Sabía de quién se trataba y a qué venía. Su tranquilidad se fue al hoyo en un instante.

—¡Ábreme Knaggs! —golpeó más fuerte.

El detective no tenía ganas de verlo, pero sabía que debía hacerlo tarde que temprano. No quería tampoco que armara un alboroto en el edificio.

Lo dejó entrar.

—Pensé que me dejarías afuera —dijo con un suave acento francés.

Pasó con un poco de prisa, olía a licor barato y suciedad, pero el detective tuvo que soportarlo.

Knaggs dudó en cerrar la puerta, quizás sería buena idea tener ventilada la habitación. Finalmente decidió que era más valiosa la discreción que la comodidad.

—Ya sabes que quiero —dijo sin sentarse, cosa que el anfitrión agradeció. Habló con mucha autoridad, como si tuviera el derecho.

Knaggs comenzó a caminar lentamente de vuelta al interior. Antoine le daba la espalda. En aquel instante muchas ideas turbias cruzaron por la cabeza del detective, pero todas desembocaban en más problemas; así que simplemente siguió adelante hasta la sala e introdujo su revólver al pantalón. Sólo era una advertencia para que su huésped tuviera cuidado.

—¡Vamos!, sé que ya conseguiste el dinero —luego olfateó fuerte—... ¿Es whisky?

—Estás muy bien informado —se sorprendió. Caminó un poco y volteó una silla para usar el filo del respaldo como asiento. Se cruzó de brazos de frente a Antoine como si lo retara—... Claro que lo conseguí.

—Dame mi parte y me iré. Sólo he venido por eso —suavizó su voz.

El dueño del lugar estaba solo, como de costumbre. Era un sujeto soltero y sin más compañía que su propio ego. Antoine había entrado con su facha de ladrón a su casa sin que un solo testigo hubiera visto cómo. Además, los contactos que tenía el detective en la policía podían ser suficientes para manejar la *justicia* a su favor. Aquella pobre alma vivía en las calles y mendigaba un trago en las cantinas; pero sus oídos escuchaban todas las noticias que transitaban por Londres. En su boca encontró el rumor que lo llevó a Rachel justo el día que se había dado por vencido.

—Te pedí que no vinieras aquí —le recordó molesto.

—¿Qué pasa Knaggs?, ¿temes que mi presencia manche tu reputación? —preguntó con ironía.

—Algo así.

—Bien, después de hoy ya no me verás, eso te lo prometo..., a menos que vuelvas a necesitar una oreja en la ciudad.

El último comentario retumbó en la cabeza del detective. Quizás el incómodo visitante tenía algo más que darle ahora; aunque ya se lo había preguntado con anterioridad.

Knaggs no deseaba esta relación y seguramente Antoine tampoco. Sólo era un frágil trato hecho en una cantina que cambiaba información por dinero. *Policía y delincuente*, qué cosa tan absurda. Knaggs quería tomar su revólver y asesinar a su visita ahí mismo. Podía hacerlo, todos le creerían si maquillaba un poco la escena. Le molestaban los que, como él, traficaban con vidas humanas

para vivir. Ellos no deberían de existir. El mundo no extrañaría a Antoine, el francés.

Knaggs empuñó su arma sin aviso, sólo un sofá los separaba, empezó a caminar hacia el... *intruso*.

—¿Qué haces?! —gritó nervioso alzando sus manos por reflejo.

El cañón cubrió primero la única salida, arrinconando a Antoine hacia la pared contraria.

—... Sólo acabando con el tipo que se metió a robar a mi casa —Knaggs tenía su plan. Lo miró unos segundos apuntándole a la cabeza—... Mmm creo que te verías mejor del otro lado —Lo jaló de la camisa y lo puso contra la puerta principal sin dejar de apuntarle—. Creo que de este lado sería más creíble.

—¡Esto no fue el trato! —exclamó buscando que alguien lo escuchara.

—¿Cuál fue el trato, entonces? —Dejó de encañonarlo y se alejó lentamente moviendo las manos y dándole la espalda, como si lo invitara a actuar.

Antoine tenía la oportunidad, tal vez la única para salir bien librado. Si aquel aspirante a policía iba a acabar con él no perdía nada al arriesgarse; sin embargo, el atemorizado soplón no podía dar ni un paso.

—No juegues conmigo Knaggs —su voz tiritaba. De pronto el dinero dejó de ser lo más importante—. Podemos olvidarnos de todo... haz de cuenta que nunca vine —El detective tenía todas las de ganar y Antoine lo sabía. Si iba a jalar o no del gatillo, prefería no averiguarlo.

El investigador le sonrió sobre su hombro, ahora él controlaba la situación, como debió ser desde un principio. El envalentonado Antoine estaba congelado junto a la puerta.

—No será necesario mi amigo —Enfundó su arma en el pantalón lo que hizo que el alma del francés regresara al cuerpo—... Disculpa mi descortesía —añadió cínicamente y fue por un par de sillas, no quería que aquel tipo ensuciara sus muebles. Lo pasó al centro de la habitación y volteó su asiento para apoyarse en el respaldo—. ¿En qué nos quedamos?

—... ¿En qué nunca debí venir a tu casa?

—¡Cierto! Pero ya estás aquí... así que eso ya no importa, y después de todo, tenemos una deuda que saldar.

Antoine reflejó la media sonrisa de su anfitrión como un espejo, era notorio la ausencia de algunas piezas dentales, no propio de alguien de su edad. No estaba seguro si las aguas ya estaban tranquilas, sólo reaccionó.

—Sabes —prosiguió—, aquí tengo tu dinero —aplastó dos veces su billetera—; pero tengo algunas preguntas que hacerte, aprovechando que me ahorraste la vuelta a tus terrenos...

El vicio de Antoine lo hizo imaginar inmediatamente las botellas de buen licor que podría comprar con ese dinero. Hubiera inventado cualquier historia con tal de recibir un bono extra; sin embargo, Knaggs lo tomó por sorpresa.

—¿Recuerdas a la niña Bourke?

El sujeto se inquietó un poco antes de responder:

—... Sí, la encontraste, ¿no es así?... claro, de qué otra manera hubiera conseguido el pago.

—Cierto.

—Ya habíamos hablado de este asunto —Empezó a frotarse las piernas nervioso.

—Lo sé —Lo observó a la cara tratando de descifrarlo.

—¿Qué más quieres saber? —sus ojos estaban inquietos—... Supe de alguien que había encontrado a una niña con la descripción que tú buscabas y la había entregado en un orfanato y eso fue lo que te dije.

Knaggs se paró repentinamente moviendo su silla y dándole la espalda. Escuchaba por segunda vez la misma historia.

—¿En 1939? —preguntó cruzando sus manos en la espalda.

—Sí.

—Me quieres decir —regresó a confrontarlo—, que conoces a alguien que conoce a alguien en tu... *círculo social*, y que esa persona recordó que había dejado a una niña de dos años en un orfanato lejos de aquí.

—La historia fue cierta, ¿o no? —dijo tartamudeando.

—¡En 1939 lo que sobraban eran huérfanos! —Knaggs empezó a darle fuerza a su interrogatorio, se sentía en su elemento—. ¿No crees que todo fue una gran coincidencia?

—No lo sé —dijo casi murmurando.

—¿No lo sabes...!? Y no lo había pensado porque el hecho de encontrar esa

pista me cegó... Ahora que te vuelvo a ver empiezo a desarrollar algunas hipótesis nuevas sobre el caso —Se puso en pie y se sirvió un whisky.

Fue entonces que captó por completo la atención de Antoine. Aquellos ojos desorbitados por el alcoholismo se perdían en cada gota de la bebida en el vaso.

—... ¿Quieres saber cuál es mi teoría principal? —lo torturó pasando frente a él la botella y consiguiendo un *sí* automático—. Yo creo que tú eres el perpetrador del delito. Creo que tú eres el que le robó sus cosas a la niña —Se acercó a su cara por maloliente que fuera.

—De qué hablas Knaggs... yo siempre he vivido en Londres.

—¿Siempre? ¿Estuviste aquí durante los bombardeos?

Antoine se quedó callado.

—Sé que tú y los tuyos muchas veces se la pasan en los muelles y a veces toman un barco pesquero a cualquier parte. Las manos eran pocas en ese tiempo, aceptaban a cualquiera. Quien dice que no andabas de aventura al norte de Inglaterra y te topaste con la niña...

—¡Te juro que no!

—... O con su madre —Terminó con su trago y lo dejó callado.

—... No sé de dónde sacas eso.

—Quizás el dinero que ofrecí en aquella cantina era demasiada tentación para quedarse callado. Un relicario de oro y ropas finas no fueron suficientes para ti... ¿Dónde está la Sra. Bourke?

—¿Quién?

—La mamá de la niña. Iban juntas en el viaje.

—No lo sé, Knaggs —Se talló la frente cansado del interrogatorio.

El detective caminó un poco por la habitación sin dejar de mirarlo. Su pistola, aún en el cinturón, lucía amenazadora.

—¿Supongo que sabes quiénes son los Bourke?

—Todo el mundo lo sabe.

—Sabrás entonces de lo que son capaces de hacerte en caso de que hayas dañado a la señora o a la niña.

—... Sí.

Knaggs se mantuvo de pie apoyando sus manos en el respaldo de su asiento esperando *leer* algo más en el rostro de aquel tipo; pero sólo consiguió ver a un

hombre amedrentado y de bajo perfil. Su experiencia le decía que no era el tipo de delincuente capaz de asesinar a una persona o secuestrar a una niña, al menos no por su propia cuenta; sin embargo, algo sabía, de eso estaba seguro.

—... Bien, pasemos a lo nuestro —interrumpió bruscamente el proceso sacando la cartera.

Los ojos de Antoine regresaron al primer plano. El investigador contó los billetes enfrente de él con rapidez y los extendió para que se levantara.

—Lo que acordamos.

El sujeto se levantó tembloroso y tomó su dinero sin decir palabra. Se dirigió a la salida.

—¡Antoine! —lo detuvo—. En verdad espero que no hayas tenido nada que ver... Te buscaré después si se me ocurre algo.

<<Me las pagarás, maldito policía>>, pensó dibujando el odio en su rostro al retirarse por el pasillo.

La puerta se cerró sin respuesta, luego el detective observó las sillas vacías un momento y empezó a caminar hacia la ventana con las manos en los bolsillos.

—... Veamos qué haces —murmuró buscando la figura de su informante en la calle.

Su departamento estaba en un tercer piso. Pronto vio la espalda de aquel intento de delincuente cruzar la calle sin voltear atrás. El cebo estaba tendido.

Knaggs se puso a trabajar esa misma noche. Recuperó la información que tenía, fotografías y contactos. Empezaría de cero, pero con una base que le llamaba la atención: *Hope Field* estaba bastante lejos de Londres, y de acuerdo con los registros de la hermana Mary, Rachel había aparecido poco después de desaparecer de Lingfield. ¿Dónde estuvo en ese tiempo?, ¿escondida con su madre?, ¿con sus captores? Era un acertijo que probablemente no tenía respuesta en la ciudad, tal vez debía iniciar por otro lado.

Hacía ya varios años que la cena familiar en la casa Bourke no cobraba la importancia que ahora tenía. Desde la desaparición de su esposa e hija, y luego su reclutamiento para la guerra, Jerome no había tenido ánimo para reunirse cada noche como antes. Además, al regresar tuvo que enfrentar las enfermeda-

des de sus padres, una casa que se estaba cayendo y negocios en quiebra.

Rachel ya estaba sentada a la mesa. Había cuatro lugares más solos y salvo la señora Fairchild, nadie más estaba presente. La niña no sabía nada acerca del resto de los habitantes de la casa. Su padre había tenido cuidado de manejar las cosas paso a paso.

La pequeña bamboleaba sus pies con la peculiar inquietud que caracteriza a los niños de su edad. Desconocía los protocolos propios de una cena de este tipo, aunque su apetito parecía que ya experimentaba una trifulca en su estómago.

—¿A qué hora cenaremos? —preguntó ansiosa.

—Ten paciencia mi niña —pidió la Sra. Fairchild—, tu padre vendrá pronto... Fue a preparar una sorpresa para ti.

—¿Una sorpresa?! —exclamó sin recato. ¿No habían sido ya demasiadas?

La expectativa le dio fuerzas para aguantar un poco más. En un día lleno de ajetreo, una sorpresa era un excelente colofón.

Finalmente, una serie de pasos cortos anunciaron el fin de la espera. Ambas voltearon hacia la entrada, la que daba al pasillo principal cerca de las escaleras. Oswald entró primero llevando del brazo a una mujer mayor —aunque notablemente más joven que la Sra. Fairchild—. La mujer apenas notó la presencia de alguien más en la habitación, fue conducida a la fina mesa de nogal tallado. Se sentó justo frente a Rachel, quien no pudo quitarle los ojos de encima preguntándose su identidad. Inmediatamente después, Jerome apareció por el mismo lugar llevando consigo a un hombre mayor, a quien sentó al lado de esta mujer. Ninguno de los dos pronunció palabra y su mirada se perdía como si no estuvieran conscientes de lo que estaba sucediendo. Rachel era la más ajena a toda la situación.

La mirada alegre de su padre al verlos a todos reunidos no pudo ser más evidente. Se acercó a su hija y le dijo:

—Rachel, mi amor, ¿sabes quiénes son ellos?

La niña volvió a su anterior retraimiento negando con la cabeza en lugar de hablar.

—Ellos son tus abuelos —aclaró.

La confesión pudo ser escuchada por todos los presentes. Los viejos ignora-

ban que su nieta había regresado. Los ojos ensanchados de los tres se cruzaron sobre la mesa sin pronunciar palabra, hasta que la voz del mayor se atrevió a decir algo:

—¿Eres tú Rachel? —su voz se entrecortó. Alzó los brazos intentando pararse, pero para esa hora el efecto de los medicamentos lo tenían aturdido.

Jerome hizo entonces una seña a su hija y esta comprendió. El padre la tomó de la mano y la llevó hasta los brazos de sus abuelos quienes la flanquearon.

Christopher Bourke fue el primero en abrazarla, mientras su mujer se mantenía un poco a raya, como si su consciencia no alcanzara a comprender la magnitud de lo que estaba ocurriendo.

—¡Eres idéntica a tu madre! —dijo él al mirar su carita—; pero cómo no te reconocí de inmediato.

El abuelo era un tipo enorme, tan alto como su padre, pero del doble de ancho. Sus largas y espesas patillas hacían ver su cara más redonda de lo que era y esa sincera sonrisa le valieron un gesto de aceptación.

Jerome se alegró mucho por su padre, quien era poco menos que una sombra de aquel sociable hombre al que todos querían. Rachel pareció convertirse en su mejor medicina, y qué decir de su hija que seguía encontrando un lugar donde se le amaba.

Después fue el turno de Charlotte, quien la tomó de los hombros y la observó de arriba abajo. Su semblante no reflejaba mayor emoción, sólo un duro y frío escrutinio. La pequeña sintió cierta desconfianza con ella. La abuela lucía mucho más joven que el abuelo.

—¿Estás seguro de que esta niña es tu hija? —preguntó con insensibilidad.

El cuestionamiento puso nerviosa a la niña y era bastante descortés, pero así era la abuela.

Ese par de manos sujetaron sus pequeños hombros y la menearon como si no fuera una persona. Jerome no dijo nada hasta que la arrancó de las tenazas de su madre:

—Tú siempre tan... comprensiva.

—Sólo fue una pregunta —reclamó con falsa inocencia.

Los ojos de Rachel se enrojecieron queriendo llorar. Por primera vez la ha-

bían hecho sentir como una extraña en la casa. Su padre la levantó en sus largos brazos para llevarla de vuelta a su asiento y le susurró al oído:

—No le hagas caso a la abuela, está enferma...

Se arrodilló después junto a ella viéndola contener las lágrimas. Era algo que había practicado mucho en *Hope Field*. Después clavó su mirada en aquella... señora, como buscando pelea.

—A eso viniste, mujer, a arruinarle la cena a la niña —reprochó el abuelo.

—Ya está bien papá, y tú, madre, no quiero que vuelvas a hacer un comentario como esos —Se sentó—... Como se habrán podido dar cuenta, esta cena... *familiar*, es para darle la bienvenida a mi hija, y también para renovar la tradición de sentarnos juntos cada noche. El regreso de Rachel me ha traído gran alegría y espero que los demás también la arropen y la traten como debe ser —recalcó.

La abuela tenía con frecuencia episodios poco lúcidos, al igual que su marido; aunque eran de personalidades muy diferentes. Jerome se parecía más al corazón de su padre, aunque a veces había tenido que usar la dureza de ella para administrar la casa.

Repentinamente, como en un acto de completa bipolaridad, Charlotte le sonrió a la pequeña como si le diera la bienvenida, o tal vez sólo obedecía las intenciones de su hijo.

La cena transcurrió en completa armonía después, aunque la chispa que trajo la niña al abuelo parecía haber hecho renacer al antiguo Christopher Bourke, y eso le dio mucho gusto a Jerome, quien rio con las anécdotas de su padre. Seguramente las había escuchado cientos de veces antes, pero esta vez era especial. Rachel olvidó rápido el mal momento y también se divirtió con el buen humor del abuelo.

El menú incluía: Carne de cerdo, patatas asadas y gravy.

—¡La cena está deliciosa! —felicitó Jerome a su cocinera.

—Gracias, Sr. Bourke —agradeció.

—¡Bien por usted! —recalcó el abuelo levantando un gran trozo de carne.

Rachel estaba encantada con todo lo que hacía, y él parecía tener todo un espectáculo para que le aplaudiera.

<<Ojalá y siempre mantuvieras ese ánimo, papá>>, pensó Jerome, luego

volteó a ver la silla vacía en el comedor. << ¿Dónde estarás, Rachel, mi amor?, siento que sin ti las cosas no están completas >>.

Se puso un poco serio y vio la abundancia que tenían sobre la mesa, entonces llamó Oswald con sigilo.

—... ¿Arthur tuvo algún problema con los suministros? —interrogó calladamente.

—Algo, señor, como ya es costumbre. Usted sabe que a veces es difícil conseguir lo necesario.

—¿Cómo están las cosas con la granja?

—Saliendo adelante, como siempre...

—... Gracias Oswald...

El candil de araña empezó a titilar repentinamente interrumpiendo la plática. Los habitantes de la casa sabían lo que seguiría. El sonido de un trueno se escuchó pocos segundos después, lo que levantó de su asiento al abuelo. Su rostro reflejaba un tremendo terror, como si el solo estruendo acelerara su corazón. Oswald conocía perfectamente estas reacciones y antes de que Jerome interviniera, él lo tranquilizó. Acto seguido, la energía eléctrica se fue, no siempre sucedía así, pero estaban preparados. Jerome intentó mantener la calma en la mesa mientras el mayordomo iba por un candelabro y velas. Extrañamente, la más tranquila era Rachel.

—Mantente tranquila, mi amor, no pasa nada —pidió Jerome.

—Estoy bien..., papá —aseguró con tranquilidad—... En el orfanato siempre estábamos a oscuras.

El jefe de familia se convenció de las palabras de su hija y dirigió su atención a su padre, quien se ponía muy nervioso en estos casos. Jerome se lo achacaba a su enfermedad y las experiencias que había sufrido durante la guerra.

Oswald encendió una base de velas que se abrían de tres en tres a los lados, eran varias a lo largo de la habitación.

—¿Estás conmigo papá? —preguntó para tranquilizarlo.

—... Sí —respondió agitado tocándose el pecho. No se veía muy convencido.

—Esto nos sucede a veces cuando se aproxima una tormenta —explicó Jerome.

—No me asustan las tormentas tampoco, papá —recalcó Rachel.

Tomó la mano de su hija en un acto de felicitación a su valentía.

—Me alegra que no, hija, aquí son frecuentes. Te acostumbrarás.

La cena se prolongó sólo un poco más, hasta que las primeras gotas de la lluvia empezaron a azotar las ventanas. Fue entonces que el Sr. Bourke dio indicaciones para que sus padres se recogieran, al igual que su hija. Ellos dormían en habitaciones separadas desde hacía tiempo. Por *comodidad de ambos*, eso había indicado el doctor de la familia. Junto con esta separación, la salud de Christopher Bourke fue empeorando hasta caer en su actual estado en el que llevaba tres años con medicamentos. El abuelo tenía episodios lúcidos a veces por un largo período y era un caso extraño. Ocasionalmente rehuía a tomar sus medicinas; aunque nunca consideraron que fuera peligroso para él o los demás. Charlotte, su mujer, empezó a manifestar los mismos síntomas un año después, aunque el diagnóstico era similar, no tenía sentido tratándose de un padecimiento no contagioso.

Jerome llevó a su hija hasta la recámara y la recostó.

—... No sabía que tenía abuelos —dijo la pequeña una vez en la cama.

—Así es —Colocó la vela y su base de espiral en el mueble al lado de la cabecera—... y ellos no sabían tampoco que habías regresado. Como verás, se pusieron muy contentos.

—Yo también lo estoy —bajó la mirada y jugueteó un poco con sus manos—... Estoy contenta de estar aquí.

—Todos lo estamos —La levantó para abrazarla. Ella se prendió de su cuello.

—Papá —dijo en esa posición—, ¿crees que mamá regrese algún día?

El padre ignoraba que esas cuestiones le preocuparan a la niña. Con uno que se preocupara ya era más que suficiente. Sin embargo, tampoco era bueno para mentir. Regularmente se manejaba con la verdad, aunque esta fuera dura. ¿Debía darle a conocer su parecer a Rachel justo en aquel momento?

—Hija..., no lo sé. Hice todo lo posible por encontrarlas a ambas. Afortunadamente tú apareciste... Tu madre debe estar en alguna parte, y sí, sí tengo fe en que regrese.

La pequeña lo observó unos segundos. El rostro de aquel hombre parecía sincero. Se acostó de nueva cuenta y dijo:

—... Yo también lo creo... ¡Buenas noches, papá!

Él se acercó a darle un beso y se despidió.

—Descansa mi amor, mañana tenemos que platicar de muchas otras cosas...

La tormenta no dejó en paz a la casa Bourke durante toda la noche. Relámpagos y vientos azotaron las ventanas casi sin cesar. Esta parecía una tormenta especial, pero, ¿qué anunciaba?

Rachel había vivido *sola* y privada de muchas cosas desde que tenía memoria. De la noche a la mañana tenía papá, abuelo, abuela y una gran casa donde vivir. Muchas veces había pensado en su mamá, a quien no recordaba; pero sentía que la reconocería si la volvía a ver.

La tranquilidad en el corazón de Rachel la hizo conciliar el sueño sin mayores problemas. Muchas veces le había tocado dormir así, incluso debajo de una ventana rota. ¿Qué era entonces una simple tormenta para una niña valiente como ella?

—Rachel —la voz suave de una mujer susurró por los aires. ¿Estaba en su habitación?

Los ojos de la niña se abrieron de golpe sintiendo la familiaridad del llamado. Estaba acostada de lado dándole la espalda a la puerta; pero sabía que alguien estaba con ella. Giró para quedar sentada escudriñando con un rápido giro el espacio que le rodeaba.

La puerta de la recámara estaba hasta el tope y no la había escuchado abrirse; mas no había nadie. Tal vez su papá había olvidado cerrarla. *No*, algo en su interior le decía que *no*. Mientras aguzaba sus oídos, la silueta de una mujer se irguió en el primer pestañeo justo en el límite de sus terrenos, su rostro se perdía en la oscuridad; pero no se trataba de la Sra. Fairchild. Cada relámpago que entraba con su luz por la ventana quería iluminar aquella extraña figura y todos los objetos a su alrededor; pero, aun así, seguía manteniendo su identidad como una incógnita. Tenía forma y profundidad, no era algo imaginario, y daba la impresión de que en cualquier momento avanzaría.

Probablemente, una reacción humana normal sería asustarse en ese ambiente; pero no Rachel, quien, además, percibía cierta confianza con la visitante. Su intuición le insinuó de quién se trataba:

—¿Mamá...?